

GUIJARRO, Santiago: *El cristianismo como forma de vida. Los primeros seguidores de Jesús en Ponto y Bitinia*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2018, 189 pp. [ISBN: 978-84-301-1990-5].

La obra que aquí presentamos, como su propio autor, Santiago Guijarro, declara en el sucinto «Prólogo» (pp. 9-10) con el que, él mismo, nos introduce en la lectura de *El cristianismo como forma de vida*, es, en cierta medida, una especie de continuación de uno de sus trabajos anteriores. Nos referimos al libro que, con el título, *La primera evangelización en los orígenes del cristianismo*, también fue publicado, en el año 2016, por la editorial Sígueme de la Universidad Pontificia de Salamanca. En él, analizó cómo se produjo la primera expansión del cristianismo con la generación apostólica (30-70 d. C.). En su nueva obra, avanza en el tiempo y su interés pasa de la primigenia difusión a la implantación de la nueva religión. Estudia cómo se logró que enraizaran las comunidades cristianas, focalizando el punto de mira en el periodo de tránsito entre la segunda generación de seguidores de Jesús, la «subapostólica» (70-110), y la tercera, la llamada «postapostólica» (110-150). Ambos aspectos, expansión y consolidación de los grupos de creyentes, resultan claves para explicar la larga supervivencia del cristianismo. La entusiasta labor de los evangelizadores iniciales hizo posible que la nueva doctrina se difundiera fuera del estrecho círculo judío que la había visto nacer y contribuyó a universalizar su mensaje, pero sólo el arraigo de las primeras comunidades por ellos fundadas, confirió un efecto duradero a sus actuaciones.

Toda la obra gira en torno a dos de los testimonios que más información aportan sobre la forma en la que vivían los cristianos a finales del siglo I, principios del II d. C.: un escrito neotestamentario, la *Primera Carta de Pedro (CPe)*, y un texto profano, *La carta de Plinio a Trajano (CPlí)*<sup>1</sup>. El análisis comparativo de estos preciosos documentos, con un enfoque en el que el punto de vista histórico, se combina con el filológico y el sociológico, permite a Santiago Guijarro desvelar cómo consiguieron arraigar las comunidades cristianas en un espacio concreto, la provincia romana de Ponto y Bitinia, que es el territorio minorasiático en el que se enmarca su estudio.

*CPe*, aunque no pueda fecharse con absoluta certeza y precisión, parece ser el más antiguo de ambos testimonios. Probablemente fue escrito en Roma, a finales del siglo I d. C., por uno o varios de los discípulos de Pedro, teniendo como destinatarios a las comunidades de creyentes dispersas por la península de Anatolia, principalmente a las de Ponto y Bitinia, cuyo estilo de vida es descrito con cierto detalle. Fue allí donde Plinio ejerció de gobernador provincial a partir del 109-110 d. C. y donde redactó, en torno al 111-112 d. C., la carta que envió a Trajano hablándole de los cristianos de esa región. Los dos documentos, por lo tanto, transmiten información de acontecimientos ocurridos en el mismo entorno, pero el tiempo transcurrido entre la elaboración de ambos escritos, entre 15 y

1. Son las abreviaturas propuestas y utilizadas por el autor.

20 años calcula el autor, le permite observar cómo progresó la implantación del cristianismo en la zona. *CPe* muestra el fenómeno en sus inicios y *CPlí* posibilita descubrir, de la mano de un observador externo, el grado de consolidación del estilo de vida cristiano al que se había llegado a principios de la segunda década del siglo II d. C.

Todos estos aspectos ya se anuncian en el primer capítulo del libro, que lleva por título «La generación subapostólica» (pp. 11-25) y cumple, básicamente, una función introductoria. Además de esa inicial presentación de los documentos objeto de estudio, también contiene la definición de buena parte de los términos que resultan fundamentales para que el lector pueda seguir los razonamientos del autor con facilidad. Se aclaran los motivos que justifican las designaciones que se han dado a las tres primeras generaciones cristianas y se precisa el significado, sociológico y antropológico, del término «arraigo», un concepto clave en esta investigación.

En el segundo capítulo, «Ponto y Bitinia» (pp. 27-46), se ofrece la necesaria contextualización histórica, necesaria porque, como ha afirmado Luis García Iglesias<sup>2</sup>, «el cristianismo, en cuanto que encarnado en unos hombres [...], es una realidad humana más y, como tal, debe gozar del mismo tratamiento [...] que cualquier otra». Cumpliendo con este axioma, en los distintos apartados en los que, como siempre, se divide el capítulo, Santiago Guijarro presenta, en primer

lugar, los rasgos más destacados del escenario geográfico en el que se desarrollan los procesos objeto de estudio. Proporciona, a continuación, una pequeña síntesis histórica, destacando cómo se impuso la dominación romana en la provincia de Ponto y Bitinia. Después se centra en la población, mostrando una de sus características más destacadas, su gran diversidad, tanto desde el punto de vista étnico, como cultural y social, y, por último, dedicándole una mayor extensión, desvela cómo se produjo la llegada del cristianismo a la región en la época apostólica y cuáles fueron los rasgos dominantes en las comunidades cristianas que lograron arraigar en las generaciones siguientes.

Llegamos a la parte central del libro, en la que, a la presentación detallada y al análisis de fuentes, que se realiza en los capítulos tercero («La carta de Plinio», pp. 47-67) y quinto («La primera carta de Pedro», pp. 95-121), empezando, como resulta evidente, por el texto más reciente, es decir, por *CPlí*, les siguen sendos capítulos, el cuarto y en el sexto, en los que, bajo títulos paralelos, «Los cristianos de Ponto y Bitinia en tiempos de Plinio» (pp. 69-94) y «Los cristianos de Ponto y Bitinia en tiempos de la primera carta de Pedro» (pp. 123-158), se presentan las conclusiones extraídas del estudio de ambos testimonios.

A la hora de presentar las fuentes, tanto en el caso de *CPlí*, como de *CPe*, Santiago Guijarro repite exactamente la misma estructura, subdividiendo, ambos capítulos, en los mismos apartados: 1. «Claves para leer la carta», 2. «La carta como obra literaria», 3. «La dinámica retórica de la carta» y 4. «Conclusión». Las traducciones al castellano de la

2. «Paganismo y cristianismo en la España romana», en *La religión romana en Hispania*, Madrid, 1981, p. 3.

carta de Plinio a Trajano y de la primera epístola de Pedro se incluyen en los segundos aparados y, en ambos casos, el autor propone una lectura retórica de las misivas o, lo que es lo mismo, individualiza en ellas las cuatro partes de las que se componía cualquier discurso deliberativo en su forma más básica, esto es, *exordium*, *narratio*, *argumentatio* y *peroratio*. La única diferencia en la estructura de estos capítulos, es que en el tercero, el dedicado a *CPli*, se incluye un «Apéndice» al final del mismo, en el que vuelve a transcribirse el texto completo de la carta de Plinio, ahora en edición bilingüe. Va acompañado tanto de la respuesta que el emperador dio al gobernador, como de los fragmentos en los que Tertuliano y Eusebio hacen referencia a dicho intercambio epistolar, presuponiendo que la contestación de Trajano sentó las bases del estatuto legal del cristianismo, lo que ha condicionado las interpretaciones posteriores del documento. En el caso de estos dos últimos textos, sólo se aportan las traducciones al castellano, sin que se justifique por qué no se ofrecen también las versiones originales de los mismos.

Aparte de estos aspectos formales, la principal conclusión a la que llega el autor en cuanto a la naturaleza de sus fuentes es que ambas epístolas poseen un fuerte carácter retórico, en el sentido de que ambas tratan de persuadir, aunque, lógicamente, la finalidad que persiguen sea distinta en cada uno de los casos. Plinio dirige su carta a Trajano con la intención de convencerle de que su proceder con los cristianos denunciados había sido el correcto. Por su parte, la misiva pseudoepigráfica, escrita en nombre de Pedro, insta a sus destinatarios

a mantener su estilo de vida propio, sin desfallecer, a pesar del rechazo y acoso social que su comportamiento suscitaba.

Pasando a sintetizar el contenido de esos capítulos cuarto y sexto ya antes mencionados, empezamos destacando otro de los rasgos comunes que Santiago Guijarro descubre en ambas epístolas: las dos centran su atención en la conducta de los cristianos, en su forma de vida, obviando por completo o, al menos, relegando a un segundo plano, las cuestiones doctrinales. Esta característica es, en buena medida, la consecuencia de una de las transformaciones más innovadoras que introdujo el cristianismo en la práctica religiosa: su preocupación por el comportamiento ético. Para los romanos, cumplir adecuadamente con los ritos religiosos resultaba suficiente para garantizar la protección de los dioses. «La ética, el buen comportamiento –como afirma el autor– no era un asunto vinculado a la religión, sino a la filosofía» (p. 123). Hay que esperar a la aparición del cristianismo para descubrir esa vinculación entre creencias y estilo de vida que tan común nos resulta hoy en día.

La ventaja de que las cartas se interesen por la conducta es que permiten entrever en qué situación se encontraban las comunidades cristianas de Ponto y Bitinia a finales del siglo I, principios del II d. C. Ya el mero hecho de que Plinio preste atención a las acusaciones hechas contra los cristianos en los inicios de la etapa postapostólica es, en sí mismo, un síntoma de su arraigo en la zona. Demuestra que los seguidores de Jesús tenían visibilidad social, que eran bien conocidos porque ya se habían extendido desde las ciudades a

las zonas circundantes, entre personas de toda edad y condición social y que poseían un estilo de vida diferenciado que, debido a su monoteísmo exclusivista, tenía un impacto negativo en templos y mercados, al verse reducida, por ejemplo, la venta de carne sacrificial. *CPLi* permite, además, conocer en qué consistían los encuentros dominicales de los cristianos, constituyendo un testimonio único al respecto. Los creyentes se reunían por la mañana, antes del alba, para entonar himnos a Cristo y comprometerse, mediante juramento, a actuar con rectitud. Volvían a juntarse al atardecer, para compartir la comida en fraternidad. En estas reuniones, celebradas con periodicidad semanal, descubre Santiago Guijarro, un claro signo de la fortaleza de la cohesión grupal, destacando, además, la importante función que esos encuentros desempeñaron en la configuración y consolidación de la propia identidad cristiana.

*CPe*, retrotrayéndonos a un momento ligeramente anterior, los últimos tiempos de la generación subapostólica, insiste, sobre todo, en los efectos que producía la conversión al cristianismo. Representaba un cambio en la forma de vida, que, a partir del bautismo, tenía que imitar el ejemplo de Jesús y buscar agradar a Dios. Suponía, además, la incorporación de los creyentes en una nueva familia, la cristiana, lo que a menudo era percibido como una traición por los integrantes del grupo de origen. Ambos aspectos provocaron un rechazo social, que se materializó en acoso verbal, en forma de insultos y difamación, a veces también en agresiones físicas, y en la constante amenaza de poder ser denunciados a las autoridades. Ante

esta circunstancia adversa, la carta exhorta a adoptar una actitud de sometimiento a las normas de la cultura dominante, pero también, y simultáneamente, de resistencia, porque ese «hacer el bien» que se exigía a los cristianos obligaba a adoptar conductas que resultaban llamativas y eran percibidas como una amenaza. El rechazo a rendir culto al emperador resulta significativo al respecto.

El último capítulo del libro, titulado «El cristianismo, un nuevo estilo de vida» (pp. 159-177), está concebido a modo de interpretación general y de conclusión. Además de recopilar en él los aspectos ya reseñados, el autor expone su convencimiento de que la mayor implantación del cristianismo que refleja *CPLi* es fruto de la exhortación de *CPe*, que, frente a la labor realizada por los miembros de la generación apostólica, caracterizada por la movilidad geográfica, ha convertido el comportamiento ético en «el principal instrumento misionero» (p. 164) de la nueva religión. Y, para terminar, Santiago Guijarro se propone examinar las claves que pueden ayudar a entender cómo enraizó el cristianismo, tomando como referencia la categoría de *habitus*, acuñada por el antropólogo y sociólogo francés Pierre Bourdieu. Su argumentación me ha resultado, en esta ocasión, algo más oscura, pero lejos de atribuir al autor falta de coherencia, he de reconocer que son mis propias limitaciones las que me han impedido captar la esencia de esta propuesta interpretativa.

Confío en que mis últimas palabras no enturbien el que considero uno de los aspectos más encomiables del trabajo realizado por Santiago Guijarro, que, sin duda, sobresale por su claridad

expositiva. La obra también destaca por el enorme interés que, aún hoy en día, posee la temática tratada. Aunque el libro nos traslade a un tiempo y a un espacio que, a primera vista, pueden resultarnos ajenos y distantes, nos está aportando, en última instancia, una explicación de nuestros propios orígenes culturales, pues el cristiniano, una

religión de origen oriental, acabó convirtiéndose en uno de los rasgos más definitorios del mundo occidental o, lo que es lo mismo, de nuestra propia identidad colectiva.

Rosario Valverde Castro  
*Universidad de Salamanca*  
charoval@usal.es